



**BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES**

BIBLIOTECA AFRICANA
www.cervantesvirtual.com

**EBNU (ABDELFATAH, MOHAMED
SALEM)**

La joven del pozo

[Fragmento]

Edición impresa

Ebnu (Abdelfatah, Mohamed Salem), *La joven del pozo* (2009)

En

Ebnu (Abdelfatah, Mohamed Salem), (2009) *La joven del pozo*.
Madrid: Bubok Publishing S.L (pp. 15-23).

Edición digital

Ebnu (Abdelfatah, Mohamed Salem), *La joven del pozo* (2015).
Fragmento

Conchi Moya (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Septiembre de 2015



Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D+i, del programa estatal de investigación, desarrollo e innovación orientada a los retos de la sociedad, «El español, lengua mediadora de nuevas identidades» (FFI2013-44413-R) dirigido por la Dra. Josefina Bueno Alonso



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante



La joven del pozo Ebnu (Abdelfatah, Mohamed Salem)

La puerta estaba abierta y Sidi la escuchó regañar a su hermano. Esperó hasta que hubo silencio y la llamó.

Salma salió y se paró en medio de la puerta. El sol le dio en el rostro, obligándola a cubrirse los ojos con la mano.

– ¿Ahora qué quieres, Sueidi¹?

– Siéntate, quiero decirte algo.

– ¿Por qué no viniste cuando te llamé?

– ¡Vamos, siéntate! Te voy a decir algo que te va a gustar.

– ¿Qué es? – dijo Salma, mientras se sentaba a su lado.

Sidi la examinó con la mirada, nunca antes se había fijado en sus hermosos ojos negros.

– ¿Qué te pasa?, ¿por qué me miras así, como un estúpido?

Sidi desvió la mirada hacia el suelo. Vio sus pies descalzos llenos de polvo. Quiso ocultarlos, pero no había ninguna posibilidad.

– Quiero jugar contigo – dijo finalmente.

Salma iba a decir algo pero en ese momento salía por la puerta de enfrente, por donde había salido horas antes a duras penas la gorda, el maestro del Corán. Vestía una combinación de *darraa*² azul y otra blanca y su enorme turbante negro, pese al calor de mayo. En una mano tenía el rosario que le servía, a veces, de látigo cuando no encontraba con qué castigar a los niños. Los niños le llamaban Cubtir, desde el día en que en medio de la clase un fuerte viento le levantó el traje por los aires, dejando al descubierto su cuerpo desnudo y haciéndole, según contaron luego, volar como un helicóptero.

Sidi y Salma se miraron sonrientes.

– Ven, vamos a jugar – dijo Salma.

– No. Aquí no. Mejor vamos a pasear.

– Yo no puedo moverme de aquí, estoy sola con los niños.

– ¿Y tus padres?

– Mamá y mi hermana fueron a traer agua. Y papá, supongo que estará jugando a las damas, como siempre, y no vuelve hasta después de rezar Almagreb.

¹ Diminutivo de Sidi.

² Vestimenta tradicional masculina en el Sahara y Mauritania. Consiste en una especie de túnica, azul o blanca, con bordados.

Entraron y Salma le enseñó su colección de juguetes: botellas, latas, botones. Juguetes hechos por ella misma, huesos vestidos de *melhfa*³ y *darraa*. Todos metidos en una pequeña jaima negra. Pero a Sidi no le llamaron la atención y Salma lo sorprendió, otra vez, mirándola.

– Estás peor que el idiota de mi hermano... ¿Qué es lo que tienes, Sueidi?

– No lo sé... – hizo una pausa. Se agachó, poniendo la cabeza entre las rodillas y dijo titubeante:

– Me gusta mirarte – levantándose, echó a correr.

Casi llegando a la esquina escuchó la voz de Salma. Se detuvo y se volvió hacia ella.

Salma se acercó y extrajo de su blusa unos papeles.

– Toma – dijo.

– ¿Qué es?

– Unos papeles.

– ¿Y para qué quiero yo esos papeles? – dijo, recogéndolos de la mano de Salma.

– No lo sé... – respondió, mientras volvía la cabeza para mirar hacia la entrada de su casa –.

Esos papeles aparecieron ayer en el patio. Yo los cogí y se los enseñé a papá pero, como él no sabe leer, me dijo que se los leyera. Cuando terminé de leer me los arrancó de las manos y ordenó a mi madre que los quemara.

Hizo una pausa y miró, nuevamente, hacia su casa.

– Hoy, al volver de la escuela, me los encontré debajo de una manta.

El sol se había puesto, pero había visibilidad suficiente para que Sidi pudiera leer los tres folios escritos a máquina. Sin embargo el tiempo no era suficiente para una lectura lenta como la suya. Por eso Salma lo interrumpió, quitándole los papeles de las manos.

– Ahora me voy que tengo que devolverlos antes que mamá se dé cuenta.

– POLISARIO – repitió Sidi en voz alta.

– El domingo – dijo Salma, retirándose.

– ¿Qué pasa el domingo?

– El paseo...

Sidi sonrió y recordó a la joven del pozo. Esperó hasta que Salma desapareció por la entrada de su casa y se encaminó hacia la suya.

Antes de entrar pensó en su padre y miró hacia el oeste pero no divisó la luz de ningún coche. Entró y la oscuridad de la noche se precipitó, de golpe, sobre Amgala.

Fatma crió sola a su hijo, fruto de su segundo matrimonio. Se había casado dos veces y dos veces la habían dejado sola. Su segundo marido la abandonó estando en el quinto mes de gestación. Sidi llegó para convertirse en el único amor de su vida.

³ Vestimenta tradicional de las mujeres saharauis, también la usan las mauritanas. Consiste en un manto de fina tela y vivos colores.

El día que su segundo marido volvió para conocer al niño, le entregó la carta de divorcio. Dijo que tenía mucha prisa y prometió que iría a verlos más a menudo pero no cumplió su promesa. Sidi, con once años cumplidos, sólo recordaba haber visto a su padre en tres ocasiones. De vez en cuando les mandaba dinero pero muy pocas veces se dejaba ver.

Cuando Sidi creció y empezó a preguntar por su padre, Fatma le dijo que por las noches mirara las luces de los coches que venían del oeste, porque su padre vendría en uno de ellos.

– ¿Y no puede venir de día?

Fatma pensó en decirle que su padre no tendría el valor para presentarse a la luz del día y que como se fue, aprovechando la oscuridad para escabullirse, haría lo mismo cuando se decidiera a volver.

– No vendrá de día, sólo de noche – dijo finalmente.

Sidi se dedicó a vigilar varias noches seguidas y de las pocas luces que vio aparecer por el horizonte ninguna le trajo a su padre. Terminó cansándose y una noche decidió no volver a hacerlo nunca más. Esa noche vino su padre.

De aquella última vez Sidi conservaba los peores recuerdos. Le pegó dos palizas, una sin saber el porqué y la otra por decirle Cubtir al maestro del Corán. Y una tarde, después de volver de la escuela, apenas cruzó por la puerta de su casa, su padre le agarró, lo despojó de toda su ropa y lo sentó sobre un mortero de madera, colocado boca abajo, frente a un señor de barba poblada y canosa que, con una afilada navaja, le rebanó el prepucio.

A Sidi se le olvidó pedir un deseo. Y aunque siempre quiso tener un pantalón largo, tenía decidido pedir el deseo que la abuela quería: “la bendición de los padres”. Pero en el inevitable momento, Sidi sólo podía preocuparse por el intenso dolor que crecía entre sus muslos ensangrentados.

La abuela manifestó su alegría por la circuncisión de su nieto con un rosario de *azgarit*⁴, mientras Fatma escondía sus lágrimas detrás de su espalda.

La abuela recogió el trozo de carne ensangrentada y se lo echó a las hormigas. “Les entrego la carne del niño que fue mi nieto” sentenció, mientras veía cómo las hormigas aceptaban su regalo, llevándosele al interior de su mundo.

La abuela tenía una especial predilección por Sidi. Era su nieto preferido. Una noche, estando preocupada por la ausencia del menor de sus hijos, después de pasar casi dos meses sin recibir noticias suyas le dijo a Sidi, que estaba sentado a su lado:

– Si me dices cuándo vendrá mi hijo te regalo una cesta llena de dátiles.

Por aquellos días un niño le había enseñado a Sidi y a otros niños cómo adivinar cuándo vendrían sus padres. En Amgala casi todos tenían a sus padres trabajando lejos, porque en el pueblo no había trabajo.

⁴ Grito que hacen las mujeres saharauis con la lengua para expresar alegría.

El niño escupió en la palma de una mano y con el dedo índice de la otra golpeó la saliva. Les dijo que la dirección hacia la que iba la mayor parte de la saliva era por donde iban a venir sus padres.

– ¿Pero, cómo sabremos cuándo van a venir? – preguntó uno de los niños.

El niño, que no parecía esperar la pregunta, buscó con la mirada restos de saliva en la arena. Se rascó la cabeza y dijo, no muy convencido de haber encontrado la respuesta adecuada:

– Depende de la distancia. Si cae cerca, vendrán pronto y si cae lejos, tardarán en venir.

La abuela formuló aquella pregunta con la esperanza que tienen a veces los adultos en que los niños les den las respuestas que ellos desean. Hay incluso los que sugieren las respuestas y luego terminan creyendo que el niño las había dicho por propia iniciativa.

Sidi llevó a cabo las indicaciones del chico adivinador. La saliva señaló la dirección contraria a la que él esperaba. La única vía que conocía de entrada y salida de Amgala era por el noroeste, hacia Smara. Pero la saliva había dicho que vendría por el este. Pensó que lo mejor era repetir la operación, pero la abuela insistió haciéndole nuevamente la pregunta:

– Vendrá por ahí – dijo señalando hacia el este.

– ¿Cuándo?

– Mañana – dijo inseguro, mientras buscaba algún indicio de su saliva sobre las esteras.

Por la madrugada un hombre despertó a la abuela. Venía a buscar los documentos de su hijo, que estaba detenido cerca de la frontera. Al mediodía su hijo, el tío materno de Sidi, apareció sano y salvo. Lo trajo un coche de Tropas Nómadas, que entró por una vía desconocida para Sidi, hasta varios años después, cuando tuvo que marcharse de Amgala con su familia.

Desde entonces la abuela creyó que Alá le había dado a su nieto el don de la profecía. Aunque aquella fue la única vez que Sidi acertó.

Volvió a intentarlo en otras ocasiones pero sin ningún resultado favorable. Sin embargo la abuela siguió creyendo que tenía el poder de adivinar, sólo que debía estar dormido y el día menos pensado podría despertar.